

Agustín Edwards M. C.

## La Cuestión de la Plata <sup>(1)</sup>

### PRIMERA CONFERENCIA

- I. A manera de prólogo.—II. Monedas de oro y plata.—III. La fuente y el antro de la plata.—IV. Breves noticias sobre la desmonetización de la plata y el simetalismo.—V. Los productores de la plata.—VI. La libra esterlina y la plata.

#### I

#### A manera de prólogo



Después de un letargo de poco más de medio siglo, como el Ave Fénix de sus cenizas, renace en el mundo la plata, no ya ciñendo en sus sienes la corona real de la soberanía monetaria, ni llevando en sus manos el cetro único que en otras edades empuñó gobernando los trueques primitivos, sino ofreciendo a la vista de los mortales como la vieja y abandonada compañera del oro, que busca el techo conyugal de otros tiempos más felices para la humanidad. Un largo y penoso divorcio, fruto del menos-

---

(1) Conferencias leídas en el Teatro de la Universidad de Concepción el 22 y 23 de Junio. La segunda conferencia se publicará en el próximo número.

precio, primero, y de la humillación después, la tenía reclusa, olvidada, vilipendiada, desfigurada por las sangrías de su fina contextura, mientras su rígido y soberbio consorte, el oro, iniciaba una loca carrera de conquistas, escalaba las alturas, dominaba el mundo y acaparaba para sí la corona y el cetro que compartía con ella por lo menos desde 2500 años antes de Jesucristo. Empero, al oro le llegó después de la conflagración mundial de 1914 su hora de prueba y, perseguido por la codicia humana, se ve obligado a batirse en retirada en una guerra de trincheras. No sale a campo abierto. Teme verse dispersado, aventado, pulverizado, y en vez de las nobles y magníficas funciones de signo monetario para medir los demás valores, ejerce tan sólo el rol de talismán en manos de unos mortales que esperan seducir a otros a que lo tomen a más alto precio cuando se haga aún más escaso, pues saben que su producción es cada día menor en relación con la producción de todas las materias primas que el hombre necesita para su sustento o su solaz.

El oro, acorralado, se esconde tímidamente, y queda viéndose como ermitaño en el fondo de los cofres de los Bancos Centrales y en las cajas de los Tesoros Públicos, y el hombre de la calle, ese que pasa la vida sorprendido de lo que ocurre y, pensando en seguida cómo pudo ocurrir, se percata que el divorcio con la plata ha esterilizado al oro privándole de un auxiliar que le era indispensable para alcanzar la tan anhelada estabilidad monetaria, en cuyo nombre se cometió el crimen de descartarla y repudiarla.

Es lo que está ocurriendo ante los ojos asombrados de los economistas ortodoxos, que no conciben cómo los acontecimientos pueden generarse y desarrollarse sin someterse a principios y reglas científicas y lógicas, que su ciencia y experiencia había sentado como verdades inmutables.

La fijeza del valor basada en la escasez del metal, tan pregonada como verdad de fe, resulta una falacia; la regulación automática de los cambios internacionales mediante las remesas

metálicas de oro, una ilusión, y la retención natural y obligada de las reservas de oro metálico merced a las alzas sucesivas de la tasa de interés, una utopía.

La fijeza no existe. Juegan con el precio del oro todos los precios de todos los demás productos, que bailan una danza frenética remecidos por las mil y una medidas que los gobiernos toman para derrotar los efectos de la ley de la oferta y la demanda en toda la escala, desde la materia prima pura y simple hasta esa misma materia valorizada por el artífice. No hay tal regulación de los cambios con remesas metálicas, porque apenas se pretende ejecutar la operación material en aquellos casos en que surtiría un efecto inmediato y radical, intervienen los embargos y sólo se toleran las remesas cuando son inocuas. No hay tal freno del interés alto, porque se hace lo contrario; se baja la tasa de interés cuando las reservas de oro alcanzan su más bajo nivel, y se aprisiona a estas últimas fuertemente para protegerlas contra los efectos de la ley natural.

Estos fenómenos, que nos dan a veces la sensación de vivir en un mundo que ha perdido la razón contradicen todos los principios y las sanas doctrinas monetarias que hemos oído con respeto reverencial durante una vida entera. Debemos convencernos que cada época del mundo determina y señala nuevas necesidades. En el orden monetario, como en todos los órdenes de la vida humana, no hay ni puede haber doctrinas absolutas sino relativas. Somos un conglomerado de seres vivientes que presentamos a cada paso distintos aspectos, experimentamos diversas necesidades, reclamamos automáticamente, a veces inconscientemente, un reajuste de ideas y de medios. Y mientras la humanidad sea una masa dinámica y transformable, no podemos someter su vida y sus acciones a ideas estáticas y medios inmutables.

Tenemos que acostumbrarnos a pensar remontándonos, como el cóndor, a la altura infinita, para ver más allá del estrecho horizonte en que nos movemos. No podemos seguir con la vis-

ta fija tan sólo en el rincón que habitemos para aquilatar un problema cualquiera. No hay ninguno en nuestra época que no afecte, en alguna forma, a otros pueblos. Esta afirmación es más exacta en el orden monetario que en cualquier otro.

Al escoger para tema de estas conferencias la cuestión de la plata, que se encuentra en el tapete de la discusión internacional desde la Conferencia Económica Mundial de Londres, entiendo tratar un problema que tarde o temprano, en forma directa o indirecta, habrá de alcanzarnos. No sería prudente esperar que llegara ese momento sin haberlo analizado y sin escudriñarlo a través de un criterio más amplio que el de las ideas preconcebidas y arraigadas en nuestro espíritu merced a ciertas nociones básicas que se nos han señalado, sólo en el último medio siglo, como piedras angulares de todo sistema monetario sano y racional. Quedan hacia atrás, cuarenta y cinco siglos en que las nociones fueron otras, como luego se verá a través de los recuerdos históricos que me permitiré traer a la memoria de los que me oyen.

## II

### Monedas de oro y plata

Es difícil definir lo que ha sido, es y debe ser la moneda. En la antigüedad los metales preciosos se tomaban por su peso y no dividiéndolos y contándolos por piezas acuñadas. Su valor se juzgaba en el platillo de una balanza y no por el número convencional estampado en el cuño. Llenaban, no obstante la función necesaria de moneda o medio de intercambio. Abandonada por engorrosa, difícil y aún peligrosa esa primitiva forma en que los metales preciosos, el oro y la plata, servían esas funciones, e iniciada la era de la acuñación de piezas metálicas, comenzó la confusión de lo que es moneda con lo que es circulante, de

lo que es circulante con lo que es «dinero en Caja» y a la sombra de esa confusión nació el engaño que la humanidad ha sufrido desde los más remotos tiempos a manos de los monarcas apurados de fondos, de los gobiernos en bancarrota, de todos los países y de todos los tiempos, que no han cesado de cercenar el peso y el contenido fino de las monedas de oro y de plata, aunque en mayor escala en estas últimas, para enderezar finanzas averiadas con exacciones ocultas e insensibles, ya que la denominación permanecía inalterable y la sustracción era imperceptible.

En este triste privilegio ocupa en los anales de la historia un lugar predilecto Nerón que, siguiendo el ejemplo tímido e incierto de Calígula y de Claudio, redujo el peso del «aureus» de Augusto a las cuatro quintas partes de una libra, el denario a 9/16 avos y agregó 10% de liga de baja ley a las monedas de plata.

«Moneta» llamaban los romanos una pieza acuñada, acaso por derivación del verbo «monere», recordar, ya que informaba por medio de una inscripción o sello cual era su valor real. En las acuñaciones febles puede por lo tanto decirse con propiedad que hubo hasta una injuria a la exactitud del lenguaje. «Moneta» fué, además, originalmente apelativo inseparable del nombre de la diosa Juno, que en la mitología romana figuraba como la Reina del Cielo y de la luz celestial. Su templo en la Roma de los Césares llevaba el nombre de «Juno Moneta» y era, en verdad, el sitio en que se acuñaban las monedas. Era, por lo demás, el más antiguo y venerado. Siguiendo una costumbre que se remontaba a los tiempos de Numa Pompilio, el segundo de los legendarios reyes de Roma (715 A. J.) cada vez que nacía un hijo varón se depositaba una moneda de oro en el Templo de Juno. Hay, pues, algo de sagrado y reverencial en su origen, que el hombre ha pervertido más tarde.

La palabra «circulante» emana seguramente del latín «cu-

rrere» que significa correr, o sea, estado corriente en el cual pasa de mano en mano como medio de intercambio.

«Caja», en el sentido de dinero, es acaso un término de origen más antiguo. No corresponde a la palabra latina «Cassa» o cofre, sino más bien a la palabra «kasu», moneda pequeña, de la lengua tamil (1). De la influencia que esta confusión de la moneda con el circulante y el concepto de moneda en la época contemporánea me ocuparé en la segunda conferencia mañana.

Ocho siglos antes de Jesucristo, con la aparición de las primeras monedas acuñadas comenzaron para la humanidad las tribulaciones monetarias. Desde entonces pensó el hombre en economizar el fruto de su trabajo escondiendo las monedas; desde entonces se abrió la puerta al abuso de la moneda falsa; desde entonces comenzó la circulación de oro y de plata a fomentar el comercio entre regiones apartadas del globo. Y así es como se encuentran con frecuencia enterradas en la India monedas de oro del Imperio Romano, enviadas allí para pagar artículos de lujo que producía y los sibaritas romanos consumían, como refiere Plinio: así es como suelen encontrarse en Escandinavia, enterradas también, monedas árabes de plata enviadas allí, en remotos tiempos, para pagar las pieles que compraban los ricos samánidas de Persia y los abbasidas, aquellos súbditos de la segunda dinastía de califas árabes. Empero, viajaban a comarcas lejanas sólo aquellas monedas de oro y plata que encontraban favor y acogida fácil, y no la encontraban sino las que inspiraban confianza por la pureza de su contenido. Así vemos difundirse los «tetrádracmas» de Atenas, y los «dinars» de los primeros califas, los «ducados» de Venecia, y, en los tiem-

---

(1) Nombre genérico que en sanscrito (la lengua de la India) se le da a la lengua que hablan los hindúes del sur de la India, y es todavía la lengua principal de Madrás.

pos modernos, los pesos mexicanos, como moneda de plata, y los «sovereigns» británicos, como moneda de oro.

La historia económica y comercial del mundo está ligada al desarrollo de las monedas de plata y oro, su depreciación a la inflación, su apreciación a crisis parecidas a la que nos azota por el valor del oro en nuestra época; como puede comprobarse desde los primeros tiempos del Imperio Romano.

¿Por qué busca la humanidad el oro y la plata y no algún otro producto para vehículo de sus transacciones? ¿Cuál fué la razón que la llevó a calificarlos de metales «preciosos»? Difícil es precisarlo, pero lo más probable es que resida en la inmunidad de ambos metales a la oxidación. Las cosas terrenales son perecederas y corruptibles: la roca misma se desgrana y pulveriza. Esa propiedad del oro y de la plata que resisten la acción del tiempo y de la atmósfera, le dió a los ojos de los mortales la aureola y el resplandor de lo imperecedero.

De los dos metales preciosos, la plata tiene más larga tradición e historia. «Oro blanco» la llamaban los antiguos. Quince siglos antes de Jesucristo valía más que el oro. En Arabia, por ejemplo; una onza de plata valía diez onzas de oro. Pero antes que eso, en el Génesis, el primero de los cinco libros del Pentateuco, que comienza con la creación del mundo, aparece Abraham riquísimo en caudal de oro y de plata («Erat antem diver valdi in possessioni auri et argenti») y más adelante comprándole a Efron en cuatrocientos ciclos de «plata de buena moneda corriente» (Cap. XXIII, versículo 16) un campo y cueva en Chanaan para darle sepultura a su esposa Sara, que «le fué cedido en pleno dominio» para el objeto. Y en el libro del Exodo el señor le dice a Moisés: «Las especies que debeis recibir son estas; oro, plata y cobre».

Los egipcios, los sirios, los griegos, los fenicios y los romanos recurrieron libremente a la plata como moneda, y la emplearon en la fabricación de alhajas y vajillas. En las excavaciones hechas por Schlieman en 1874, continuadas por Dorfield



en 1891, en la cuesta de Hissarlik, en donde es fama que ocurrió el sitio de Troya, se encontraron escondidos en las ruinas de la fortaleza de «Pergamos», armas, vajilla, adornos, discos, braceletes, ídolos y otros objetos de oro y plata, que hoy pueden admirarse en el Museo de Berlín.

«Ridet argento domus»—la Plata ríe en mi vivienda, dice Horacio en su Oda Cuarta «A Filis», recordándonos que los romanos lucían esplendorosas vajillas del precioso metal.

Cicerón nos habla de los cargamentos de plata labrada y estampada que llegaban a Roma. Plinio relata festines servidos—según dice—en plata antigua y pura. Se conocen y pueden admirarse en los museos de antigüedades egipcias joyas de plata labrada de la XVIII<sup>a</sup>. dinastía, esto es, 1450 a 1350 años antes de Jesucristo.

Hay, pues, razón para decir que la historia de la plata se interna en el laberinto de los siglos hasta perderse y confundirse con los anales de la vida humana misma. Por eso parece difícil, sino imposible, condenarla a la proscripción en los tratos de los hombres aun cuando puede sufrir, como ha ocurrido ahora, un eclipse de poco más de medio siglo.

### III

## La fuente y el antro de la plata

La plata empezó a desaparecer gradualmente como moneda en el mundo contemporáneo hace poco menos de sesenta años. «Los ídolos de una generación son el hazmerreír de la siguiente, pero si creéis en los ídolos no os desesperéis, porque pueden volver a ser ídolos otra vez»—ha dicho un pensador. Es lo que está ocurriendo con la plata. En el Oriente, principalmente en la China, no ha cesado, hasta hoy, en su rol de patrón monetario, En la India, si bien no llena esas funciones porque en 1896



se estableció un sistema de «gold Bullion Standard», tiene las no menos importantes de servir de Caja de Ahorros. Setecientas mil ciudades y aldeas hay en la India y sólo una en cada mil cuenta con instituciones locales de crédito, pues estas últimas alcanzan en conjunto sólo a setecientas. En tiempos de prosperidad sus habitantes—vieja raza de experiencia secular—guardan caudales para los inevitables años de tribulación, y compran y esconden plata de la misma manera que la gente de otros pueblos depositan en las Cajas de Ahorros. Una costumbre semejante prevaleció en Chile en la época colonial y años después de la Independencia hasta que se crearon las instituciones de crédito. El dicho vulgar y corriente de «la plata labrada, de la familia» con que se aludía al mejor retoño de un hogar correspondía a la costumbre de guardar como en la India Oriental, objetos de plata, a guisa de ahorro. Subsiste la plata como patrón monetario en ciertas regiones de nuestro propio continente. México desde la conquista española, ha llevado triunfalmente en sus manos el cetro de la plata. Desde entonces ha marchado a la cabeza de la producción de ese metal. Hoy día produce 42.5% de la plata del mundo. Le sigue Estados Unidos de América con una producción que es menos de la mitad, o sea, 21%. Permítaseme agregar que el continente americano, desde el Estrecho de Alaska hasta los confines del Cabo de Hornos, produce hoy día el 84.7% de la plata del mundo. En 1929 la producción mundial alcanzó a 261.000.000 de onzas, bajó en 1930 a 248.000.000, en 1931 a 196.000.000 y en 1932 a 160.000.000. En estos 160.000.000 de 1932 nuestro continente contribuyó con 133.280.000 (1). Y es paradójal que la China, único país fuera de México que conserva el patrón de plata, produzca hoy ape-

---

(1) La plata se calcula en unidades de onzas troy. La palabra «troy» tiene su origen en Troyes (Francia) centro de gran movimiento mercantil en el siglo XI en donde se ideó esta medida de peso, 1 onza troy es igual a gramos 31.1035.

nas un décimo por ciento de la producción mundial. Más extraño, todavía, es que el peso mexicano de plata fuera moneda legal en la China y en una gran parte del Asia durante más de trescientos años. Sólo en Junio de 1930, esto es, hace cuatro años, dejaron los pesos mexicanos de ser moneda legal en Hong-Kong.

¿Cómo y por qué llegó a aquellas regiones remotas a servir de signo monetario? La historia es interesante y curiosa.

En los estrechos de Malacca, en donde reinaba gran confusión en materia de unidades fijas de cambio para las transacciones, los comerciantes portugueses introdujeron la pieza de plata llamada «Carolus», acuñada en el reinado de Carlos V. Su peso y contenido fino era tan constante y preciso, que pronto se conquistó el favor de toda esa región. En las primeras monedas llamadas «peso Carolus», aparecían los pilares de Hércules con la divisa «Plus Ultra», en vez de la más antigua «Non Plus Ultra», porque Cristóbal Colon había probado que existían otras tierras y otros mundos bastante más allá de los límites señalados por Hércules. Esos pesos acuñados en México fueron llamados por los malayos más ignorantes «pesos cañón», creyendo que los pilares de Hércules simbolizaban piezas de artillería, el arma por excelencia de la civilización occidental, según decían.

Mantuvo el peso mexicano en la China desde aquellos remotos tiempos una situación privilegiada en medio de la infinita variedad de circulantes con que ha contado desde que la memoria humana se pierde escrutando los siglos pasados, y procurando descubrir el comienzo de un sistema de circulante de oro, plata y cobre allá en el reinado de T'ai-hao, (2.953 años A. J.). Mantuvo la China hasta el año próximo pasado (5 de Abril de 1933) su unidad monetaria del «tael» de plata aún cuando no produce ese metal, ni ha contado a través de los siglos hasta hace cuarenta y cuatro años (1890) con una casa de acuñación de monedas. Y aún desde entonces han si-

do tales las variaciones en el peso y contenido fino de las unidades acuñadas, que nadie las acepta por su valor nominal, y ha perdurado la costumbre de recibirlas pesándolas y no contándolas. El familiar «tael» (peso chino) no fué nunca una pieza acuñada sino una ecuación equivalente a un peso de 1/13 de onza avoirdupoids de plata. Apesar de las dificultades de conversión a las monedas efectivamente en circulación continuó considerándosele la unidad de cambio aceptada. Para las grandes transacciones comerciales y de intercambio se ha utilizado, no la unidad monetaria propiamente tal, sino la barra de plata de 1.000 onzas troy cada una enviada desde Inglaterra a Estados Unidos. Esta falta de una pieza monetaria propia es la que dió al peso mexicano tan grande auge en la China. La confusión monetaria existente llevó al Celeste Imperio a decretar la abolición del «tael» hace poco más de un año y a crear un dólar standard de plata al cual debía convertirse el «tael» a razón de 71.50 taels de Shanghai por cada 100 dólares standard. Esta nueva unidad con ley de 88% de fino contiene 23.493.448 gramos de plata pura.

A fines de 1933 el nuevo dólar standard de plata valía en moneda americana 33 centavos, en moneda inglesa 1 sh 4 d., en moneda india 0.87 de rupees, y en moneda japonesa 1 yen. Son estas cuatro monedas las que interesan más a la China, porque, casi la totalidad de su comercio se hace con los Estados Unidos, Gran Bretaña, la India y el Japón.

Si fuese permitido dividir geográficamente en términos de metales preciosos el hemisferio occidental del oriental, pudiéramos decir que la América es la fuente y el Asia el antro de la plata del mundo. La Europa, que ha desmonetizado su plata y posee la mayor parte de la reserva del oro del mundo y gobierna una proporción considerable de la producción de este metal, es la muralla monetaria corta-fuego entre ambos hemisferios. ¿Se convertirá un día de éstos en el lazo de unión?

IV

**Breves noticias sobre la desmonetización  
de la plata y el simetalismo**

La existencia total de plata en el mundo entero se estima en 12.000.000.000 de onzas. El oro que figura en las reservas metálicas, aproximadamente en trece mil millones de dólares (1). Luego hay casi una onza de plata por cada dólar de oro. Su precio a comienzos de este año era de cuarenta y cinco centavos moneda corriente americana la onza que, con la depresión del dólar, equivale a veintinueve centavos oro. Sin embargo, el Gobierno americano aceptó la plata a razón de 0.50 centavos americano la onza en pago de deudas británicas de guerra en Junio de 1933, y recibió 20.000.000 de onzas por ese concepto. Todavía, anunció en Diciembre último que el Tesoro Americano compraría anualmente en los cuatro años siguientes—hasta 1937 inclusive—24.421.410 onzas de plata, cifra a que alcanza por ahora la producción americana, al precio de 0.64 1/2 centavos americanos la onza, o sea, la mitad del precio de \$ 1.29 la onza que representa la relación oficial de la acuñación de plata sobre la base de 16 a 1. Tenemos, pues, la plata, cotizada hoy en moneda americana a más del doble de su precio hace poco más de un año.

Este solo antecedente hace pensar que no está tan remota como se cree la restauración de una relación comercial efectiva entre el oro y la plata para los intercambios internacionales. Otras observaciones que formularé más adelante confirman esta impresión.

Nadie piensa hoy día, por cierto, en un bimetalismo en que

---

(1) A fines del año próximo pasado (1933) se estimaba ese stock en £ 2.740.000.000 oro, a 32 chelines 11 1/2 peniques la onza.

opere de nuevo la ley de Gresham (que—a mi juicio—no tiene hoy significación práctica alguna) haciendo desaparecer la moneda firme acosada por la moneda feble, sino en algo que comienza a denominarse «si-metalismo», esto es, una función copulativa de la plata con el oro como cimiento metálico para construir un circulante universal por manera que en tiempos de grandes fluctuaciones en el precio del oro, sea porque su escasez lo sube inmoderadamente de precio o porque su abundancia lo deprecia, pueda la plata actuar como correctivo temporal, aumentando su producción en el primer caso y disminuyéndola en el segundo.

El profesor Edgeworth describía gráficamente esta figura monetaria diciendo que los vaivenes combinados de dos borrachos con los brazos entrelazados, habrían de resultar menos violentos y expuestos que sus tambaleos individuales.

Examinaré mañana en otra conferencia el rol que a la plata puede caberle en la cura de la enfermedad monetaria que el mundo padece. Entraré hoy sólo a reseñar someramente la historia de este metal, que ha desempeñado en los anales humanos un rol político bastante más importante que el oro; por lo demás de muy reciente data, pues sólo en los últimos sesenta años ha podido destronar a la plata de su sitio privilegiado como moneda universal.

Es probable, más que probable seguro, que la guerra franco prusiana y la victoria de Alemania en 1870 sean la causa determinante e inmediata de su desvalorización en 1873.

Hasta 1875 Francia mantuvo una acuñación libre de plata y oro, en la proporción fija de 15 1/2 onzas de plata por una onza de oro. Alemania triunfante compelió a Francia a pagarle en oro su indemnización. Amenazada de un *dumping* de plata alemana que ya no llenaba una función esencial en aquel país, Francia se vió forzada a prohibir la acuñación de plata. La Unión Latina siguió su ejemplo y Europa, el continente más rico en monedas, se encontró de la noche a la mañana con que

la plata estaba desmonetizada. Comenzó su carrera descendente, perdió su relación tradicional con el oro y poco a poco fué decayendo el valor intrínseco de las monedas todas del mundo que reposaban sobre el bimetalismo, en la inteligencia y convicción de un eterno e indisoluble consorcio de los metales codiciados desde el Génesis. Comenzó la plata a experimentar fluctuaciones violentas, hasta bajar a 1 s. la onza a fines de Febrero de 1931, para subir a 19 1/2 d. hoy día. Hace catorce años, en 1920, alcanza una hora de esplendor fugaz y sube a 89 1/2 peniques la onza. Tan violentas fluctuaciones la descalifican como medida de los valores.

No obstante, la plata y no el oro sigue siendo el circulante aceptado por las tres quintas partes de los habitantes del globo, que ni han visto ni desean poseer oro, abominan del papel moneda y sospechan de los bancos. El metal que, desde los Ptolomeos hasta comienzos del siglo XVII, había permanecido estable en la relación de 12 a 1 con el oro, y queda posteriormente en la de 16 a 1, pierde su equilibrio en esa época de 1870, y numerosos factores, a que me referiré en un momento más, precipitan y agravan su caída, con grave detrimento del comercio de las regiones del globo, semidesarrolladas o francamente en estado primitivo, incapaces, económicamente, de absorber el exceso de producción industrial, agrícola y minera del mundo occidental, porque sus unidades monetarias y sus ahorros han sufrido, con la caída de la plata, mermas que los dejan escuálidos y los reducen a la impotencia. Aun aquellos que se han visto forzados, en razón de vínculos políticos o de necesidades de intercambio con Europa, a adoptar—agregaremos nominalmente—el patrón de oro, han sufrido gruesas y perturbadoras pérdidas en sus economías, colocadas, precisamente, en objetos o escondites de plata en bruto.

Si examinamos, individualmente, el caso de cada uno de los países del Asia, nos encontraremos con la misma trágica y penosa historia de su depresión económica, en razón de la desvaloriza-



ción de la plata, después de haber servido por más de 2.500 años de moneda que, en su caso, era además signo material de acumulación de riqueza.

El rix dólar de Ceylan, con sus 144 challes por dólar, convertido, en 1884, en el «rupee» indio, era de plata. El «kran» de Persia, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, era moneda de plata, pesaba 71 granos, (1) y contenía 89 1/2% de plata. Había, además, y esto es interesante recordarlo en estos momentos en que se habla de una combinación de oro y plata para restablecer cierta fijeza y estabilidad en el sistema monetario mundial, una moneda que llamaban «toman», amalgamación figurada de oro y plata, que no existía sino como signo de contabilidad, y equivalía a 10,000 dinares, moneda que tampoco existía comercialmente. La antigua Grecia tuvo algo parecido en el «electrum» combinación de oro y plata de las primitivas monedas griegas acuñadas en Asia Menor, hasta que Creso las reemplazó por oro puro. En el V y IV siglo antes de Jesucristo se recurrió también, artificialmente, al «electrum», en Cartago y en Sicilia. El «toman» era equivalente a 10 «krans» de plata, y su valor efectivo, expresado en moneda inglesa, era de 5 sh. 9 d. oro. Reducciones sucesivas en el peso de esta moneda fueron disminuyendo su valor intrínseco, hasta que en tiempos recientes llegó a valer 4 3/4 d.

Desmonetizado en 1930, el «kran», fué reemplazado por una moneda llamada «ryal» (suena como el real español, pero se escribe de otra manera) que contiene 4,5 gramos de plata pura. Hace dos años, el 13 de marzo de 1932, una ley fijó al «ryal» un peso de 4,15 gramos de plata pura. Creó también una unidad monetaria de oro que no ha circulado jamás.

Ya hemos visto que en los estrechos de Malacca circuló por varios siglos el peso mexicano. En 1906 se adoptó el patrón de oro y se dió al peso un valor equivalente a 2 sh. 4 d. oro. Empero,

---

(1) El grano es igual a 0,647 decigramos.



comenzaron poco después las reducciones sucesivas del contenido fino de 0,900 hasta dejarlo casi en la mitad, o sea, en 0,500, catorce años después (1920).

El Japón mantuvo hasta 1897 un régimen mixto de oro y plata, dentro del cual circulaban más de sesenta tipos diversos de monedas. Creó, en 1882, el «Nippon Ginko» (Banco de Japón) y le dió el privilegio de emitir billetes contra oro y plata y, bajo ciertas limitaciones, contra valores de Tesorería y efectos comerciales.

Se advertía una marcada predilección por la plata hasta que, en 1897, a base de la indemnización de guerra pagada por la China, se adoptó el patrón de oro, dándole al yen—unidad no acuñada—un valor intrínseco equivalente por ley a 0,75 gramos de oro fino, o sea, 2 sh. y 1/2 d. oro. En septiembre de 1917, en plena guerra mundial, se ve el Japón obligado a abandonar el patrón de oro, y después de grandes esfuerzos y sacrificios lo restablece en enero de 1930. Dos años, apenas, alcanzó a mantenerlo, y las circunstancias lo obligaron a abandonarlo de nuevo en diciembre de 1931. Hoy día, el yen vale bastante menos de la mitad, pues se cotiza en moneda inglesa de papel a 1 sh., 2 1/16 d. El patrón de oro ha sido, pues, en el Japón, fugaz e inestable.

Hemos visto que en Hong-Kong han circulado por más de trescientos años los pesos mexicanos, y que los pesos acuñados en la China misma no gozaron de favor. Hemos visto, también, que el «tael» no era una moneda acuñada, sino un determinado peso específico de plata. El año pasado, el 1.º de marzo de 1933, el «tael» fué legalmente abolido, y una nueva moneda, el «Yuan-shi-kay», le substituyó, sobre la base de 100 de estos dólares por cada 71,50 taels. Y a este dólar se le da un contenido de 26,697 gramos de plata de 0,900 de fino. Como se ve, perdura en la China y en otras naciones del Asia, adheridas nominalmente al patrón de oro, la unidad monetaria de plata. Hay, además de las nombradas en la Indochina, el «peso»; en Siam, el «baht»

o «tical»; en Java, el «guilder» o «florin», todas monedas de plata.

En la India, las existencias de plata son considerables. Se ciernen como una amenaza permanente sobre el precio de este metal. De allí que en la Conferencia Mundial de Londres, se limitara a 35.000.000 de onzas la cantidad que la India podría lanzar al mercado. Se calcula que en manos del Gobierno de la India hay 100 crores de plata. Cada crore equivale a 100 lakh y y cada lakh a 10.000 libras esterlinas. Las existencias de plata en manos del Gobierno de la India pueden estimarse, por consiguiente, en 100.000.000 de libras esterlinas. Más difícil es calcular la cantidad de plata en manos de particulares.

Por muchos años compró la India alrededor de un tercio de la producción mundial. En los últimos treinta y cuatro años se estima que ha comprado 3.000.000.000 de onzas, y no es aventurado estimar en esa cantidad la plata que hoy día está en manos de particulares: ya que la India ha importado grandes cantidades de plata desde tiempo inmemorial, y no consideramos sino la importación de los últimos 34 años.

La unidad monetaria de la India hasta que se paralizó en 1893 la libre acuñación de la plata, fué el rupee, que pesaba 180 gramos y contenía 165 gramos de plata pura. Hasta veinte años antes (1873) el rupee valía dos chelines oro, pero desde esa fecha empezó a depreciarse y llegó a la mitad de su valor primitivo. Se estableció el «gold exchange standard» y funcionó normalmente y robusteció su sistema monetario hasta 1914. Por ley tenía el rupee una paridad de 16 d. La guerra mundial destruye las reservas laboriosamente acumuladas en oro y plata, y la situación se hace tan grave en 1918 que los Estados Unidos acuden a socorrer a la India vendiéndole doscientos millones de onzas de plata de la reserva americana. ¡Nuevamente la fuente de América arroja sobre el antro insondable del Asia sus caudales de plata! Acuña la India, gracias al aporte americano, 1.390.000.000 de nuevos rupees (£ 93.000.000) y a

poco andar la situación de la plata da un un vuelco. Sube el valor de la plata con relación al oro a cifras desconocidas por muchos años. El rupee, que originariamente valía dos chelines, que en 1893 había bajado a 1 chelin, que por ley valía 16 d., pasaba a valer dos chelines diez peniques con el alza. Se exporta en grandes cantidades y vuelve a bajar el valor del rupee a los 16 d. Tan violentas perturbaciones llevan a la India a establecer en 1926 el sistema monetario que tiene hoy día, esto es, un rupee con un valor equivalente a 18 d. oro, bajo un régimen de «gold bullion standard», con puntos máximos y mínimos correspondientes a esa equivalencia, que resguardan comprando y vendiendo libremente oro a tasas fijadas de acuerdo con la paridad oro del rupee.

Cálculos seriamente compilados hacen subir a 15.704.000.000 de onzas de plata lo producido en el mundo desde la conquista de México en 1521 hasta fines de 1933. Antes de 1521 la producción mundial de plata era insignificante. La quinta parte de la producción mundial en cuatro siglos está, pues, según estos cálculos, en la India en manos de particulares. No es extraño que la Conferencia Económica Mundial de Londres, al abordar el problema de la plata, señalase como factor previo primordial para revalorizarla, la restricción de las ventas de plata de la India.

## V

### Los productores de plata

La producción de plata ha acelerado su ritmo notablemente en los tiempos modernos. El término medio de producción del último siglo es muy superior al de los tres siglos anteriores. Hay métodos de extracción y fundición que fueron desconocidos en los siglos XVI, XVII y XVIII. La plata ha pasado, además, a ser un sub-producto de la fundición de otros metales: cobre, es-

taño, zinc y plomo. Pero así y todo, si tomamos la producción del año 1932, de 168.737,400 onzas, podemos comprobar que la India tiene en manos de particulares una cantidad de plata fina equivalente a la producción del mundo entero durante 18 años.

En los cuatro siglos transcurridos desde la primera mitad del siglo XVI, así como la India ha marchado a la cabeza de los consumidores de plata, México ha marchado a la cabeza de los productores. Ha contribuído desde entonces, 1521, hasta ahora, 1934, con el 36% de la producción mundial de plata. Podemos clasificar esa producción cronológicamente:

De 1521 a 1820, o sea, durante trescientos años, en 1.710.000,000 de onzas.

De 1821 a 1905, o sea, en ochenta y cinco años, en 1,857.000,000 de onzas.

De 1906 a 1933, esto es, veintiocho años, en 2,107.000,000 de onzas.

Todos los centros de gran producción de plata de México a través de estos cuatro siglos fueron conocidos, y muchos explotados, por los conquistadores españoles del siglo XVI. En su sed de aventuras y en su empuje recorrieron aquellas dilatadas comarcas en todas direcciones, buscando oro y plata, y extrayendo estos metales por los más rudos y complicados métodos medievales. Desde entonces se conocieron y explotaron Pachuca, Guanajuato, Fresnillo, San Dimas, Zacatecas, Catorce, Taxco y otros. Allí en las montañas mexicanas se inventaron procedimientos metalúrgicos que perduraron por 3½ siglos. El procedimiento de amalgamación para la extracción del oro y la plata conocido con el nombre de «patio», fué inventado en Pachuca, en 1557, por Bartolomé de Medina, e implantado después en las celebérrimas y ricas minas de Potosí.

La producción de México en grande escala comenzó con los procedimientos de cianuración. Hasta 1905 se consideraba aplicable sólo a los minerales de oro. Comenzó entonces a aplicarse a los minerales de plata en Guanajuato. Mayor vuelo tomó to-

davía con la instalación de los hornos modernos de fundición, en los cuales la plata se obtiene como sub-producto del cobre y del zinc.

Sigue a México en importancia como productor de plata, Estados Unidos de América. Hasta 1848 su producción alcanzó sólo a 309,500 onzas, pero desde ese año hasta 1933 subió a la suma de 3,242.800,000 onzas, o sea, un término medio de 38.150,000 onzas por año. En 1932 la producción de plata de los Estados Unidos de América bajó a 24.762,000 onzas, debido a que proviene en gran parte de la fundición de cobre, y la producción de este último metal, como se sabe, fué entonces y continúa considerablemente restringida.

El descubrimiento del oro de California provocó también el de minas de oro y plata, entre ellas la famosa «Comstock Lode» en Nevada, en 1859, que desde entonces hasta 1911 produjo Dls. 381.400,000 de los cuales 228.400,000 provienen de la plata. En Colorado el «Estado de Plata» (Silver State) como se le llamó en un tiempo, fueron famosas las minas de Leadville, Aspen, Creed, Ouray, Tellurine, Silvertown, Rico, Clear Creek y muchas otras. En Arizona también se ha producido plata en grande escala, pero como sub-producto de la fundición de cobre.

Poco conocida es la posición que la plata ocupó en el sistema monetario americano, aun después que la ley de 12 de Febrero de 1873 estableció el patrón de oro. Aunque desde ese momento el peso plata perdió su carácter de moneda legal, el Gobierno americano continuó acuñando moneda divisionaria de plata standard. Cinco de esos dollars contienen 3,9 onzas de plata, y cualquiera que fuese el valor de la plata en el mercado se mantuvo el precio de la onza de plata, a \$ 1.29 por onza; precisamente el precio al cual el Presidente Roosevelt ofrece ahora comprar toda la plata que produzcan las minas de los Estados Unidos de América, aunque exige la mitad de ese precio para el Tesoro, por concepto de tasa o impuesto gubernativo. Cinco de aquellos dollars standard, o sea, 3.9 onzas de plata podían siempre cam-

biarse por una pieza de oro de cinco dollars. Un simple cálculo revelará que con esto se mantenía entre la plata y el oro la relación de 16 a 1 que el Presidente Roosevelt trata ahora de mantener. Una ley reciente del Congreso americano (lleva fecha 12 de Mayo de 1933) declaró que todas las monedas americanas de plata tenían curso legal para el pago de toda clase de deudas públicas o privadas. Poco falta, pues, muy poco, para que el sistema monetario americano vuelva a los tiempos anteriores a 1873. Para la remonetización de la plata allí sólo falta, en verdad, que se restablezca la libre acuñación de la plata nacional y extranjera. Trataré esta materia en mi segunda conferencia, y continúo señalando a grandes líneas las principales fuentes de producción de plata.

Bajo el término comprensivo de «América del Sur», figura en las estadísticas mundiales el tercero en importancia de los productores de plata. Una sexta parte de esta producción es un sub-producto de la extracción de estaño en Bolivia, y proviene de minerales que no tienen ley de plata bastante para ser tratados sólo para extraer ese metal. Otra sexta parte proviene de minerales complejos de plomo, zinc y plata de la misma procedencia, y los dos tercios restantes son sub-productos de las minas de cobre y plomo de Chile y el Perú. De la producción e historia de la plata en Chile me ocuparé especialmente, en primer término, mañana. El Canadá ocupa el cuarto lugar, apenas inferior por si solo a la producción de todo el continente sud-americano. En 1932 el Canadá produjo 18.347,907 onzas, de las cuales proviene casi la mitad (45%) de las provincias de Columbia Británica (30%) de Ontario y el resto del territorio de Yukón (14%), Manitoba (5%) y Saskatchewan.

La producción de plata del Canadá, como el territorio mismo, es casi contemporánea, y en su mayor parte sub-producto de la explotación de otros metales; ya oro, cobre, cobalto, zinc y otros.

Centro América produce el 1,4%.

El continente americano, que apoya su cabeza en las regiones



polares del hemisferio norte y descansa sus pies en los hielos del polo austral, produce, como se ha dicho, el 847%, de la plata del mundo. A ninguna otra región del globo, aparte de la China y de la India que guardan reservas escondidas del metal, le significa mayor prosperidad que a la América entera la restauración monetaria de la plata. Los demás productores del metal no influyen en su precio. Toda Europa produce sólo el 4,8%, la Océanía 4,1%, el Asia 5,9% y el Africa 0,5%.

Merece anotarse, además, que la China, único país fuera de México que ha mantenido y mantiene el patrón de plata integralmente no produce como acabo de decir, sino un décimo por ciento de la producción mundial; y la India, que si bien no mantiene la plata como unidad monetaria la venera como un fetiche y la guarda como un tesoro, apenas produce el 2,9% de la plata del mundo.

La producción europea de plata, tan pequeña hoy, nunca fué abundante. La más antigua de sus minas de plata, trabajada en nuestros días por compañías francesas y griegas para extraer plomo, manganeso y cadmio (metal parecido al estaño) es la de Laurium, en Grecia. Lleva ya 2,400 años de existencia conocida. Temístocles persuadió a los atenienses que dedicaran el producto de estas minas, que eran propiedad del Estado, a construir una flota. Esto hizo posible para los griegos la victoria de Salamis sobre los persas sin la cual la civilización de Occidente habría perecido. Tan estrecha es la vinculación de la producción de plata con la historia de la humanidad! Los viejos piques y galerías de aquella remota época pueden todavía admirarse en la aldea de Laurium, que hoy día cuenta alrededor de 12,000 habitantes. Descubierta la rica veta de plata de Laurium poco después de la expedición griega de Xerxes, 481 años antes de Jesucristo, el Tesoro ateniense recibió sumas estimadas en cien talentos (alrededor de £ 24,000 de hoy) cantidad que a los ojos de los contemporáneos aparece insignificante, pero que en aquellas remotas edades representaba una riqueza considerable.



Los alquimistas europeos llamaban a la plata «Luna» o «Diana», atribuyéndole ciertas propiedades como símbolo de la Luna en creciente. Hasta ahora en ciertos países suelen llamar «cáustico lunar» al nitrato de plata.

Los romanos obtenían de España la mayor parte de la plata a que aludía Cicerón, según he dicho hace un momento.

En Kongsberg, Noruega, también se han explotado por varios siglos minas de plata, y se la ha encontrado en estado nativo. En una ocasión extrajeron de las minas de Kongsberg una piedra de plata nativa que pesó 697 kilogramos.

## VI

### La Libra Esterlina y la Plata

Empero, la producción de Europa fué siempre escasa, tan escasa, que en las postrimerías de su reinado Enrique VIII de Inglaterra, siempre urgido de dinero por sus desordenados gastos, recurrió al socorrido expediente de rebajar el contenido fino de las monedas de plata en circulación en aquella época (1491-1547) aumentando así el numerario y alimentando con este procedimiento clandestino las escuálidas arcas reales. La escasez, sin embargo, tocaba a su término, y dos años antes de su muerte, en 1545, las minas de plata de Potosí comenzaron a inundar a la Europa con sus fabulosas riquezas. La abundancia del metal trajo una depreciación rápida y violenta, y la hija de Enrique VIII, la reina Isabel, se encontró al sucederle con una crisis económica y monetaria que provocó la revolución agraria, esto es, la consolidación de las pequeñas propiedades agrícolas y la sustitución de la labranza por el pasturaje en los campos. La reina Isabel era más que económica y parsimoniosa. Llegó a acusársele de avaricia. Su frugalidad le permitió hacer frente a la tormenta económica que las minas de plata de Potosí desencadenaban so-

bre las Islas Británicas dislocando los precios. No pudo, empero, impedir que la tempestad estallara en grandes escala por la misma causa sobre sus sucesores, los Estuardos. Entre 1570 y 1648, gracias a la abundante e inesperada producción de plata del mundo, el precio del trigo subió en 250%. Jacobo I vivió en grandes apuros. Su hijo, Carlos I, hubo de recurrir constantemente al Parlamento pidiendo nuevas y mayores entradas, y de emplear otros procedimientos a espaldas del Parlamento, que fueron descubiertos y le costaron el trono y la cabeza. Cayó la monarquía sobrevino una dictadura militar; todo debido a las minas de plata de México y del Perú, que habían trastornado la relación de los valores en Europa!

No hay que olvidar que la libra esterlina era y fué hasta el siglo XIX unidad monetaria de plata. La «libra» era una libra de plata, que equivalía a 240 peniques de plata (silver pennies). El oro circulaba también en un régimen bi-metálico que perduró hasta fines del siglo XVIII. Sólo en 1798 suspendió Inglaterra la acuñación de plata, y desde entonces hasta después de las guerras napoleónicas quedó bajo el régimen del papel moneda de curso forzoso. En 1816 volvió a un régimen monometálico, sobre la base de oro, pero, no obstante, el «Bank Charter Act» de 1844, obra de Sir Robert Peel, para salvar una de las más graves crisis que ha sufrido Inglaterra estableció que la reserva metálica que respaldaría la emisión de billetes podía ser de pastas de plata hasta en un 25%. ¡Extraña analogía con la política monetaria del Presidente Roosevelt 90 años más tarde! Ciertamente es que nueve años después, en 1853, se abandonó ese porcentaje de reserva de plata, pero no menos cierto es también que desde 1931 Inglaterra ha abandonado el patrón de oro, y hoy los dos metales preciosos se esconden en los cofres y no circulan.

La libra esterlina, unidad monetaria inglesa desde los tiempos de los sajones, se basó durante novecientos años sobre la plata y no sobre el oro. Las ventas de tierras, las hipotecas, los contratos, se hicieron sobre la base de moneda de plata. El célebre filósofo

inglés, John Locke, en su famoso Discurso sobre las «Consecuencias de bajar el interés y subir el valor de la moneda» («Consequences of the lowering of interest and raising the value of money») publicado en 1692, declara que la moneda de plata «es la única moneda que cuenta y que sirve de medida de la propiedad en el mundo entero. Todos los contratos se cumplen y las cuentas se llevan en moneda de plata». «Está»—agrega—«seguro que es así en Inglaterra».

La libra esterlina no fué nunca, sin embargo, una moneda material ni de plata ni de oro ni de metal alguno hasta 1817. Su venida al mundo monetario aconteció originalmente como moneda de contabilidad, que representaba tantos o cuantos peniques de plata. Tuvo otras subdivisiones para efectos de contabilidad: como, por ejemplo, «scillings» en sajón, u «ora» o «marks» en danés, hasta que de aquella nomenclatura cambiante e informe surgió, después de la conquista normanda, el sistema latino de 20 «solidi» cada uno de 12 «denarii» que conserva hasta hoy, aun cuando no se acuñaron monedas que representasen esas subdivisiones sino centenares de años después. Durante no menos de quinientos años, el penique de plata o «sterling» como vino a llamársele en el siglo XII, era la única moneda aceptada.

Obscuro es el origen de la palabra «sterling» o esterlina, como la llamamos en castellano, pero sabemos a lo menos que no expresa necesariamente un contenido de oro metálico de valor reconocido y autorizado. Se refiere al penique «esterlino» de plata de 925 milésimos de plata y 75 milésimos de liga de cobre descrito en el estatuto de Eduardo I (1239-1307) como «*denarius angliae qui vocatur sterlingus*»—el penique inglés llamado esterlino. Doscientos cuarenta de estos peniques formaban la libra esterlina de plata, con peso de 5,670 granos (1).

A la palabra «sterling» se le atribuyen diversos orígenes. Unos dicen que viene de la estrella estampada en los primeros peni-

---

(1) El gramo es igual a 0,648 decigramos.

ques; otros dicen que viene de «steor»—novillo—, por la misma razón que la palabra latina «pecunia» viene de «pecus»—animal doméstico. Lo esencial para la historia de la unidad monetaria británica es que la palabra «esterlina», que andando los años se considera sinónima de una moneda pura y de sólido valor intrínseco, se aplicó originariamente al penique de plata y no a una pieza de oro.

Por lo demás, la libra esterlina desde la época de la conquista normanda hasta nuestros días, si bien ha sido la unidad monetaria inglesa, se ha depreciado notablemente a través de los siglos. «El Penique inglés—dice Feaveryear en su Historia de la Moneda Inglesa—seis de los cuales en tiempos del Conquistador compraban un bushell de trigo o diez galones de cerveza (y qué cerveza!) compran ahora sólo un cuarto de una marraqueta y la cuarta parte de un cuartillo de la más modesta cerveza. La libra inglesa que el «Domesday Book» (1) anotó como el equivalente a la renta de una propiedad de cien acres, escasamente paga hoy la renta de una semana de dos cuartos sin muebles en una villa suburbana».

Inglaterra no ha escapado al error, o, si se quiere, a la tentación de la humanidad entera, de rebajar el valor de su moneda; aun cuando es la nación que más ha hecho por conservarla intacta. Acaso tengamos que persuadirnos que un circulante ligado inmutablemente a una reserva metálica, sea ésta de oro o plata, sin considerar las posibilidades de abastecimiento de esos metales preciosos, y por consiguiente, sin tomar en cuenta cual puede ser el precio de esos metales expresado en otros productos en un período determinado del desarrollo económico de un pueblo, no es satisfactorio como medida de los valores. Sobre este punto desarrollaré algunas observaciones en la conferencia de mañana.

Entre tanto, refiriéndome a la historia de la libra esterlina, en

---

(1) El informe de Guillermo el Conquistador hizo compilación sobre el estado general de Inglaterra en 1086.

su origen moneda de plata, cabe observar que en las diversas ocasiones en que el precio del oro ha subido en proporción desmesurada con el valor de los demás productos, ha sido necesario abandonar el patrón de oro; como ocurrió en 1797, en 1817 y ahora recientemente en 1931. Este corolario obligado de todo estudio de regímenes monetarios en cualquiera parte del mundo, no nace del examen de la situación contemporánea. No es la primera vez que se hace esta observación. Ya en 1695, el Secretario del Tesoro Británico en esa época, William Lowndes, en su «Ensayo para la reforma de las monedas de plata», dijo: «Si la moneda fuera sólo una medida y hecha como las demás medidas de un material de poco o ningún valor, no respondería al propósito de hacerla un equivalente. Y si es hecha a fin de responder al propósito de un equivalente de un material cuyo valor está sujeto a frecuentes variaciones, de acuerdo con el precio del cual dicho material se vende en el mercado, falla por esa precisa razón en su calidad de standard o medida, y no continuará siendo perfectamente uniforme y la misma en todos los tiempos».

Es evidente que la libra esterlina es algo distinto a un determinado peso de metal. Tan cierto es esto, que en nuestra época la propia Inglaterra dictó la ley de 1925 (Gold Standard Act of 1925) según la cual la antigua moneda de oro le cedió el paso y la primacía a la barra de oro.

No hay en el mundo entero una sola moneda de oro en circulación; cierto es que tampoco la hay de plata. La circulación metálica de oro y plata escosa del pasado. El sistema monetario del mundo está fundiéndose en un gran crisol, del cual no habrán de salir—es de temerlo—monedas acuñadas de oro y plata, sino alguna unidad de aceptación universal que represente, en proporciones que guarden relación con su producción, a los dos metales preciosos que el mundo ha conocido desde el Génesis como el signo numérico para justipreciar el trueque de productos.

Sobre este punto habré de volver en mi conferencia de mañana.

No hace mucho, en verdad, a comienzos de este año, el Conse-

jo de la Cámara Internacional de Comercio de Londres adoptaba un acuerdo señalando, en términos perentorios, que «había llegado el momento en que los gobiernos del mundo deben abordar y considerar seriamente el problema de la estabilización de la moneda circulante».

Muchos creen que para conseguir esa estabilización basta con volver, a costa de cualquier sacrificio, al viejo patrón monetario de oro. El procedimiento resulta demasiado simplista para un problema eminentemente complejo.

Desde luego, ¿quién puede asegurar que la vuelta al patrón monetario de oro daría como resultado un nivel más alto de precios para todos los productos? ¿No es más probable que traiga una honda perturbación y una depresión considerable? La verdad es que mientras el comercio internacional no pueda funcionar en una relativa libertad, y mientras no haya suficiente elasticidad en el movimiento de los productos para permitir pagos internacionales en especies entre naciones, mediante un libre y rápido intercambio, no hay medio alguno de mantener estabilidad y fijeza en los cambios; y existe, por el contrario, un grave peligro de introducir con la vuelta del viejo patrón de oro, un elemento, no ya de perturbación transitoria, sino de desequilibrio y desorden de larga duración y graves consecuencias. Mientras no haya libertad de intercambio internacional de productos, no puede haber libertad de intercambio monetario. Lo uno y lo otro se encuentran íntimamente ligados, porque la moneda no es sino la expresión del valor de los productos; y si no han de tener éstos valor internacional libre, porque se les impide tenerlo y se les coharta y aprisiona con licencias y cuotas de importación, y otras gabelas, tampoco podrá adquirir la moneda otro valor que el de mercadería; y si es oro, desaparecería con rapidez vertiginosa a manos de las naciones acreedoras y de los acaparadores sin que alcance a llenar sus antiguas funciones de signo monetario.

La política monetaria y la política comercial tienen, por sobre la voluntad de los hombres, unión indisoluble.



Recientemente a comienzos de Abril último, la opinión pública británica representada por un grupo influyente de hombres de negocios de la «City» se alarma de nuevo y pide «una investigación inmediata por el Parlamento sobre los principios fundamentales que deben gobernar nuestro sistema monetario orientada hacia su reforma en el interés así de los productores como de los consumidores».

El «Times» comentando editorialmente esta petición decía que hasta hace poco las cuestiones monetarias eran consideradas tan abstrusas que sólo los economistas profesionales podían abordarlas. Los legos en la materia debían aceptar los problemas monetarios tal como se los presentaban examinados y dilucidados los economistas ortodoxos. Discutir siquiera la excelencia del patrón de oro era exponerse a ser acusado de chifladura. Hoy se discute el patrón de oro, abandonado, por lo demás, casi en el mundo entero, libremente, y la cuestión ha perdido esa aureola sagrada de inmunidad doctrinaria.

En este período de incertidumbre del mundo contemporáneo en que todas nuestras nociones políticas, económicas, sociales, científicas y hasta matemáticas se funden en un gran crisol a la lumbre de la solidaridad universal que nosotros mismos hemos creado multiplicando los medios de comunicación y de transporte ¿por qué habría de causar extrañeza que se analicen y discutan nuestras nociones de lo que es y debe ser la unidad monetaria? ¿No hemos visto todas las transformaciones que ha sufrido y sigue sufriendo en el más viejo, y en el más nuevo de los continentes del mundo? ¿No vemos, acaso, que Inglaterra, cuna del patrón de oro como moneda internacional, hubo de abandonarlo durante la guerra para readoptarlo y volver a abandonarlo? Algo, hay, pues, en el patrón de oro que no le permite llenar sus funciones en ciertas y determinadas circunstancias y si esto es verdad, y lo es también que las transacciones humanas no pueden jamás paralizarse y exigen un instrumento que responda siempre, día a día, hora a hora, a sus exigencias, hay que concluir en que el sistema



monetario no tiene un cimiento sólido en el patrón de oro. Este es, en realidad, un lecho de arena movediza sobre el cual no puede construirse nada permanente. Hay, pues, que descubrir algo más sólido, o, por lo menos, hay que clavar en ese lecho de arena algunos pilotes que permitan levantar un edificio monetario que no se derrumbe con el primer escurrimiento de un aluvión. Esa es, precisamente, la función que la plata puede llenar, esa es la que llenó durante los cuarenta y cinco siglos anteriores al patrón de oro, esos son los pilotes que todos los pueblos inconscientes, y gradualmente comenzaron a destruir hace poco más de medio siglo cuando, sin buscarlo deliberadamente, se confabularon para arrojar a la compañera legítima del oro del hogar monetario del mundo.

¡Cuántos son los que hoy atribuyen a un sistema monetario trunco y anquilosado la crisis de la producción, la crisis de los salarios, la crisis de pobreza, la crisis de cesantía que, como un negro nubarrón preñado de truenos y relámpagos se extiende sobre el horizonte del mundo y desencadena a cada instante, la tormenta sobre pueblos desesperados! Cuando la ciencia permite satisfacer cuanta necesidad, cuanta ilusión, cuanto capricho se forja la mente humana, los economistas ortodoxos se muestran impotentes para crear un sistema monetario que satisfaga la más elemental, la más simple, la más primitiva de las costumbres del hombre: la de trocar lo que produce por lo que consume valiéndose de una medida común de los valores que realmente sea medida y no una tira de elástico quemado.